D. Cristobal Jurado Carrillo, Pbro.

CUENTO ANDALUZ

EL TRAJE DE LUCES

Trabajo premiado con Objeto de Arte y Diploma de Honor
en el Certamen público Literario y Artístico, de 1915
celebrado por la «Academia Bibliográfico-Mariana,» de Lérida
en Honor de Nuestra Señora del Rocío.

LÉRIDA : IMPRENTA MARIANA : 1916

CUENTO relacionado con la romería

al Santuario de Ntra. Sra. del Rocío.

D. CRISTOBAL JURADO CARRILLO, PBRO.

CUENTO ANDALUZ

EL TRAJE DE LUCES

Trabajo premiado con OBJETO DE ARTE y DIPLOMA DE HONOR
en el Certámen público Literario y Artístico, de 1915
celebrado por la «Academia Bibliográfico - Mariana, de Lérida»
en Honor de Nuestra Señora del Rocío.

LÉRIDA : IMPRENTA MARIANA : 1916

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

CUENTO ANDALUZ

El Traje de Luces

LEMA: Nuestra Señora del Socorro.

I.

LOS COMIENZOS

Cuando el viajero se aproxima a la ciudad de Huelva lo primero que se le ofrece a sus ojos, por la parte del Este, es el barrio llamado del Polvorín, formado de míseras casas, con techumbres de hojas de lata y otros despojos. En el se hallan los grandes depósitos de mineral de cobre que la compañia de Rio-Tinto tiene allí establecidos.

Mas si la vista de esta barriada no es del todo halagueña, en cambio los horizontes que desde allí se dominan son magnificos. En lontananza se divisa el azul oscuro del mar, que hace juego con el del cielo y los copos blancos de las nubes, y los montículos de are-

na que sirven de diques al Océeano, esparcidas aquí y allí, como en Visiones de espejismo, aparecen los grandes Vapores comerciales, con sus cascos negros, sus palos enhiestos y sus banderas multicolores; aprisionados, al aparecer, con los soberbios muelles de la ria.. Al Oriente se ven las montañas verdosas, como motas de albahaca, entre las cuales se vislumbra, como blanca paloma en su nido, el Santuario de Nuestra Señora de la Cinta, Patrona de Huelva, y a su alrededor, recostados y como durmientes, innumerables caserios, que parecen guardianes de honor de la mansión de la Virgen. Si se extiende la mirada por el Occidente se destaca en el azul limpio del firmamento el monumento a Colón, soberbio, blanco, magestuoso y silencioso, como el gigante que se precia dueño de su poderío y grandeza; notándose a sus lados, como perdidas entre las brumas, las siluetas de varios pueblos del Condado; que muestran taciturnas sus torres y agujas en dirección a los cielos.

Huelva se extiende a lo largo de los brazos del mar, como hermosa sultana recostada en su harén

En el barrio del Polvorín, ya nombrado, podia señalarse una caseta de madera, maltrecha, donde vivia una pobre viuda con tres hijos pequeños; siendo el mayor, Manolo, a quien sus camaradas llamaban Manolillo el Choquero.

En este primogénito tenía cifradas la buena madre todas sus esperanzas.

Piadosa de suyo educó a este consuelo de su vida en las máximas cristianas y en el trabajo; dedicándose ambas a la servidumbre de sus semejantes y a llevar agua a sus convecinos de las fuentes próximas.

La virtuosa madre, para más fomentar su piedad y buena educación, había conseguido su admisión en las clases de los pobres de las Escuelas del Sagrado Corazón, dirigidas por el Sr. Arcipreste y el Sr. Siurot; repitiendo las célebres palabras que la reina D.ª Blanca, decia a su primogénito: «Deseo más tu muerte que verte envuelto en las abominaciones del pecado.»

Más como todas las cosas tienen su pero y sus contradicciones, y no hay regla sin excepción, por mala suerte, en el barrio del Polvorín, se hallaba y se halla el matadero público, donde todos los días se hacía el encierro de las reses que habian de sacrificarse para el consumo de la población.

Manolillo, como todos los chiquillos del barrio, se hizo aficionadísimo a los toros, y, aunque era noble, sencillo y piadoso, era lo que decia él: «cuando yo sea torero mi pobre madre y mis herma-

nitos no pasarán tantas fatigas, y además yo podré hacer muchas cosas buenas por los desvalidos.

Fijo en esta idea juvenil, como en una estrella del Norte, se hizo él mismo su capa de torero y se proporcionó los demás chirimbolos del toreo de niños.

Esta misma afición y gusto los conservaba en la escuela, entreteniéndose muchas veces en pintar toros y toreros en los libros, y a veces toreaba a sus camaradas con todas las reglas del arte.

Un día, el Sr. Siurot llamó a su madre y le dijo: Señora, tengo el disgusto de manifestar a V. que su hijo no puede continuar por más tiempo en la escuela; pues nos trae revueltos a todos los demás chicos con sus aficiones taurófilas: es bueno, humilde, sencillo y piadoso; pero no hay quien le pueda quitar esa manía. Yo le colocaré en otra parte, atendiendo a sus buenas cualidades y además a las necesidades de V., y a ver si con la mayor sugeción modifica sus gustos.

La pobre viuda lloró; pero se resignó a la voluntad de Dios que le deparaba aquella mala estrella.

En todas las colocaciones que se le proporcionaron a Manolillo fué despedido por sus aficiones a la tauromaquía.

II.

AVENTURAS TAURÓFILAS

Manolillo, con un espíritu aventurero, se dedicó últimamente a recorrer los pueblos del Condado de Niebla, donde se celebraban capeos en los días festivos, llevando despues a su madre lo que le sobraba de las colectas que se hacían en las plazas y los restos de los jornales que ganaba en las faenas del campo.

Un día, a la vuelta de una de las capeas, dijo a su madre, echándole los brazos al cuello: «Marecita, cuando yo sea torero, que lo seré pronto, no pasarás tú tantas penas, y a la Virgen del Rocío y a la de la Cinta, mis protectoras, he de hacerles dos iglesias las mas grandes de toa la Europa. Como tú me has recomendado llevo siempre pendientes sus medallas de mi cuello.»

Manolillo, en todas sus capeas, despues de la colecta, destinaba su óbolo a los cepillos de la Santa Virgen, y los domingos y dias de fiesta se le veía en los rincones de las iglesias, hincado de rodillas, sobre su capa de brega, oyendo devotamente la Sta. Misa.

Jamás se le oían palabras malsonantes, como a los demás toreros de su edad, ni se le veía tomar parte en diversiones o juegos poco honestos.

Un día, en que se escapó milagrosamente de la cogida de un toro brávisimo, en Lucena del Puerto, creyó de su deber, en acción de gracias, confesar y comulgar en la iglesia del pueblo. Además prometió inscribirse en la cofradía Ombense de Nuestra Señora del Rocío y agregarse todos los años a la romería que la citada Hermandad de Huelva hacia al Santuario de la Virgen; como así lo efectuó.

Manolillo, todo derrotado por los embates de la fiera, se presentó, muy de mañana, en la iglesia del pueblo, pidiendo al Sr. Cura Párroco ser oido en confesión; lo cual verificó. Más el Sr. Cura le disuadió de recibir la Santa Comunión, por el estado deplorable en que se hallaba; pero ante las insistencias del torero, que le suplicó se la diera, cuando no hubiese nadie en el templo, accedió el confesor.

Manolillo, para recibir al Señor, creyó que debía hacerlo con todas las reglas de su arte y, mientras el padre, de espaldas, cogía en sus manos la sagrada Forma, se colocó su capa en los hombros, teniendo a sus lados la espada y los demás trastes del toreo.

El Sr. Cura, al volverse, vió impensadamente, la extraña figura que había tomado el torerillo, parecida a las ridículas formas que usaba Don Quijote; pero, como la iglesia estaba desierta, le administró la Santa Hostia.

Esta era la primera vez que un torero, con todas las reglas de su oficio, recibía el pan de los ángeles.

Más, cuando lidió y mató el primer becerro en las fiestas de Nuestra Señora del Carmen en Trigueros, se puso loco de alegría, pensando en mil infundios como la lechera.

Lo primero que se le ocurrió fué pedir que le cedieran los cuernos del becerro muerto, los cuales, enlazados por medio de una cadena de alambre, que él mismo hizo, los pensó llevar, como primicias de su carrera, al Santuario de la Virgen del Rocío.

Efectivamente, cuando volvió, despues de la temporada taurina, a su ciudad natal de Huelva, acercándose la marcha de la Hermandad del Rocío a su Santuario, pidió a su madre que le lavase sus ropas, para ir limpio y decente a ofrendar a la divina Señora los recuerdos de sus primeros triunfos; pues todo hombre, pensaba él, debe ser agradecido a los favores que se reciben del Altísimo.

Los toreros, como decia Manolillo, además de ser hombres de valor, debían ser personas de fé y de piedad, porque lo cortés nada quitaba a lo valiente, y por el continuo peligro en que se hallaban al ejercer su dificil arte.

III.

Ofrenda curiosa

Manolillo no dejaba pasar un año sin acompañar a la Hermandad de Huelva en su romería al Santuario de la Virgen del Rocío en Almonte. Como era pobre, la mayor parte del viaje lo hacía a pié o a lo sumo se le permitía ir en el lomo de las mulas de los carros.

En aquel año de gracia de 1913 iba lleno de gozo por la ofrenda especial que llevaba a María.

Sumamente complaciente con todos, por su caracter afable, para todo se hallaba dispuesto. El avisaba a los pueblos del tránsito para que repicasen las campanas al paso del cortejo religioso; él encendía las luces de la carroza de la Virgen y tiraba los cohetes a la entrada de las poblaciones; entusiasmándose con el trotar de los caballos, los cantos de júbilo, al son de panderetas y vihuelas, y con los acordes sencillos de la gaita y del tambor.

Apenas llegaron al Santuario de la Virgen, en el término de Almonte, Manolillo aprovechó la primera ocasión que se le presentó para hacer entrega al padre Capellán de la extraña ofrenda que llevaba.

Padre Cura, le dijo, aquí le traigo a oste un gran regalo para la Virgen y, despues de desenliar el envoltorio, le enseñó los dos cuernos, murmurando: «Estos son del primer becerro bravo que he matado en Trigueros con peligro de mi vida; pero habiéndome encomendado a la Virgen del Rocío, ésta me sacó en palmas.»

El Sr. Cura le miró de hito en hito, creyendo que tenía en su presencia un fatuo o desmemoriado, y le respondió: «Hombre no es costumbre poner esta clase de ex-votos en el altar de la Virgen,

traiga otra cosa que llame menos la atención y no sea tan ridícula como unos cuernos.»

Manolillo comprendió la lección y, todo cabizbajo y cariacontecido, se retiró del templo.

Mas una idea feliz corrió por su mente. El había visto como ex-votos ante el altar de María grandes y pequeñas trenzas de cabellos, que le habían sido ofrendadas en recuerdo de favores recibidos. No dudando entonces de que allí podia ponerse también su coleta de torero, se la cortó, la adornó con unos lazos de cinta y, usando de una piadosa estratagema, la donó, por conducto de un amigo, a la Virgen.

Manolillo, al ver su trenza en el altar de María, estaba lleno de gozo; y así se decía él: «la Virgen me protegerá y seré un gran torero».

IV.

Fraile torero

Aquel año, después de las fiestas del Rocío, en vez de acompañar, al regreso, a la Hermandad de Huelva siguió a la de Triana; pues deseaba conocer a Sevilla y además ver a un amigo torero; que era natural de aquel célebre barrio.

Más, como era desconocido para aquellos cofrades, pasó muchas fatigas y hambre en el camino. Y, al llegar la cofradia ante los muros del Santuario de Loreto, en Villanueva de Ariscal, y hacer su acostumbrada parada, quedóse dormido y rendido por el cansancio.

Al despertar, acosado por el hambre, viéndose solo, pidió limosna en el convento y entró a rezar, según su piadosa costumbre, ante el altar de la Virgen.

En la presencia de la majestad y el silencio del templo, echó cargo de su desgraciada suerte y de la situación angustiosa de su madre y hermanos, dió rienda suelta a las lágrimas; pensando en abandonar el oficio de torero y meterse a lego en aquel convento; pues así, tal vez, en una vida más pacífica y tranquila, podía ser más util a Dios y a la Virgen, más provechoso para su familia, andando el tiempo, y menos expuesto a los mil peligros de la vida de torero.

Lo que más le preocupaba era la suerte de su madre y hermanitos; pero confiado en la Providencia lo dejó todo a su ordenación.

Habiéndose, pues, presentado al padre superior y manifestándole su objeto, le admitieron para los oficios del huerto.

Cuando Manolillo, a los pocos días, vistió el traje de lego escribió a su madre la siguiente carta:

«Marecita, pongo en tus noticias, como cansado de la vida de torero, me he metido a fraile en el convento de Loreto. Diga V. al padre capellán de las Escuelas del Polvorín, al Sr. Arcipreste y a D. Manuel Siurot que, cuando yo concluya mi carrera de fraile, iré a predicar a la Virgen de la Cinta y a Nuestra Señora del Rocío. Su hijo que la quiere Fray Manuel.

La madre de Manolillo, cuando recibió aquel mensage, todo alborozada, enseñó la carta a todos los vecinos del barrio; admirándose del cambio repentino de estado y conducta del travieso Choquerillo.

Mas las cosas buenas no duran mucho tiempo y, desgraciadamente, en el convento de Loreto, habia varias vacas con sus becerros, para los menesteres de la huerta y sacar agua de la noria.

Puesta la ocasión estaba otra vez el peligro de Manolillo de volver al toreo y, efectivamente; cuando se quedaba a sus solas en el jardín, sacaba a los becerros y, quitándose el hábito, ejecutaba con los más bravos mil suertes. Uno de los toros se hizo tan bravo que ninguno de los padres del convento podía bajar al huerto sin ser corrido y atropellado.

Averiguadas las causas y observado todo cuidadosamente, el padre Prior llamó a Manolillo y le despidió de la casa; no sin reconvenirle porque, apesar de su buen caracter y docilidad, tuviese aquella monomanía del toreo.

V.

Toros en el santuario y milagro estupendo

Con motivo de las restauraciones verificadas el año de 1915 en el templo de Ntra. Sra. del Rocío, las fiestas y romerías prometían ser expléndidas. Muchas personas importantes de la región tenían dados grandes donativos y hasta los toreros, el Gallo y Belmonte, habían contribuido con sus limosnas. Los periódicos andaluces habian publicado, repetidas veces, la magnificencia de los festejos; y hasta se habían anunciado certámenes en honor de la divina Señora; cuyo santuario era el más renombrado de toda la comarca.

Manolillo, el Choquero, también pensó, para no quedarse atrás de los demás, hacer su humilde ofrenda a María; pero calló en que consistiría y no dijo a nadie una palabra.

La Hermandad o romería de Huelva hacia también este año cosas extraordinarias, por el número de los festejos y la calidad de los acompañantes.

Llegado el día de su salida para el santuario de Almonte, las calles de la capital, por donde había de pasar la comitiva, hallabánse tapizadas de yerbas olorosas, las casas aparecían engalanadas; las carretas, en número extraordinario, iban adornadas con vistosas telas, pañuelos de Manila y guirnaldas de follaje, y hasta las mulas de tiro ostentaban en los cabezones ramos de flores. Se llevaba de extreno un simpecado bordado en oro, de singular magnificencia. Y tal era la multitud de jinetes, que iban y venían de un lado para otro, que más parecía aquello un acto guerrero.

Las autoridades de la población, seguidas de las bandas de música, acudieron a despedir a los romeros y a presenciar los fuegos de artificio.

Los momentos del adios y despedida fueron emocionantes, pues los vivas a la Virgen del Rocío se confundian con la marcha Real interpretada por las bandas de música, los disparos de los cohetes y los sonidos de la gaita y el tambor. Los pañuelos se agitaban al viento y, hasta bien lejos de la población, una multitud confusa y abigarrada, que producía el ruido de los torrentes, acompañó a la Hermandad del Rocío.

Manolillo, el Choquero, se había dado trazas este año de obtener un jaco de un amigo suyo; pero tan malhecho y delgado, que más bien parecía el Rocinante de D. Quijote. Siempre iba rezagado del resto de la Hermandad, pues el penco estaba más próximo de la muerte que de tomar parte en los jaleos del Rocío.

La persona de Manolillo, como la del caballero de la triste figura, causaba la irrisión de los romeros.

Las fiestas de la Virgen, aquel año, en el Santuario de Almonte, fueron tan magnificas y tal el número de gentes y hermandades, que los vecinos del pueblo no recordaban otras iguales.

El Choquero se las compuso de tal modo que pudo ostentar una vela encendida durante la procesión triunfal y además llevar sobre sus hombros el paso de la Virgen, cosa casi imposible a los extraños de Almonte.

Una vez terminados los cultos religiosos, las Hermandades todas de la Región y las multitudes se despidieron de la Virgen, regresando a sus hogares, alegres y bulliciosas, comentando el esplendor de las fiestas.

Manolillo, el Choquero, se quedó rezagado y oculto en un espeso pinar, que había cerca del santuario, para hacer en ocasión oportuna y a solas su pobre homenaje a la Santa Virgen.

Aprovechando la ocasión en que el templo estaba desierto, y el ermitaño y su esposa ocupados en sus quehaceres, penetró en él, llevando debajo del brazo sus chirimbolos de torero, y puesto de rodillas ante el altar de la Virgen, le hizo la siguiente súplica.

«¡Madre mía, yo soy un pobre y desgraciado torero y nada he podido ofrecerte como las demás gentes, que te han regalado luces, misas, objetos y dinero; pero, agradecido a tus favores, yo tambien quiero hacerte el homenaje que puedo, para que protejas a mi desvalida madre y a mis hermanitos! ¡Aun todavía no he probado la gracia de Dios!» Al decir esto se le cayeron dos gruesas lágrimas.

Después de una breve pausa se levantó, encendió las luces del altar y, cogiendo sus trastes del toreo, se puso a ejercer su arte ante la presencia de la divina Señora.

Primeramente hizo el paseo con todas las de la ley, ciñéndose bien la capa al cuerpo y tatareando el pasacalle musical; despues verificó los quites de caballos y la suerte de banderillas; y últimamente las faenas de matar el toro, con los varios pases modernos de pecho, alto y molinete, con imitación de Juan Belmonte y el Gallo Chico.

En la desierta iglesia solo se oía la voz queda del torerillo en cada una de las suertes, ya citando al toro desde cerca o llamándole a lo lejos; el chisporrotear de los cirios y el gorjeo de las golondrinas que, como únicas espectadoras, ejercitaban sus interminables gorjeos sobre los artesonados del santuàrio.

Manolillo tuvo la mala suerte de que, en uno de los pases de molinete, derribó varias sillas, que se hallaban cerca al altar de María; produciéndose gran estrépito, y dando esto motivo a que acudiese la santera que, atónita, desde la puerta de la iglesia, presenció la profanación del santuario.

Monolillo, todo sudoroso, entusiasmado y embobado en su arte, no se dió cuenta de la presencia de la encargada, la cual corrió presurosa a llamar a su marido, para que impusiera a aquel desalmado el merecido castigo.

El ermitaño, habiéndose hecho de un garrote, se dispuso a romperlo en las costillas del torero bellaco y, habiendo entrado precipitadamente en la iglesia, con su esposa, para hacer el escarmiento, cual no fué su sorpresa al ver que el templo se hallaba convertido en una hermosa plaza de Toros. En el palco principal se veía la Virgen María con el niño Jesús en sus brazos, rodeándoles los apóstoles y evangelistas; viéndose en el resto de las gradas númerosos ángeles y santos. En el redondel aparecía el torerillo, luciendo sus habilidades y haciendo primorosos juegos de capa con un bravísimo becerro.

El santero y su esposa se quedaron estupefactos de lo que veían. Frotáronse los ojos, por si era efecto de la ofuscación que traían: pero nada, la más exacta realidad se les volvió a presentar.

Asombrados, se adosaron cerca de las puertas del templo, hasta ver en que paraba aquel caso estupendo.

Más, a los pocos instantes, cesó por completo la visión, observándose el templo solitario como de ordinario, y notándose sola-

mente que el torerillo, con la capa terciada en su brazo derecho, estaba de pié ante el altar de María.

Creyendo, pues, los encargados de la ermita, que todo lo acaecido había sido ilusión de los sentidos, se dispusieron nuevamente a arrojar a aquel ropa-suelta del templo, según sus primeros propósitos, cuando, al acercarse al Choquero, oyeron admirados que la Virgen del Rocío les reconvenía de este modo:

¿Que vais a hacer?... ¿Acaso no sabeis que me gustan los homenajes de los pobres, humildes y sencillos de corazón?.... ¡Cuantos hay que me elogian con sus labios y dones, pero su corazón está muy lejos de mí!... ¿No recordais que mi Hijo ha prometido recompensar largamente aunque sea un vaso de agua que se dé generosamente en nuestro honor?... ¿Desconoceis que me agrada más el sacrificio que las víctimas?... ¿Ignorais que me gustan las súplicas del pobre Lázaro y del desconocido publicano y el pequeño óbolo de la viuda?...

El santero y su esposa cayeron arrodillados y no se atrevían a levantar sus cabezas, llenos de estupor por lo que les pasaba.

El sol, al entrar por los ventanales, iluminaba el santuario con luces extraordinarias, como si quisiera mostrar allí mismo su cenit. Las campanas de la torre repicaban solas, de una manera insólita y alegrando los campos con sus argentinos ecos y llamando la atención de los pastorzuelos y de la gente sencilla. El órgano dejó oir tambien sus acordes melodiosos, y el mar empujó con sus brisas los aromas de la flor del romero, de los cantuesos y tomillares, llenando el sagrado recinto.

Manolillo agradecido a la protección de la divina Señora, subió a besar su manto y, antes de despedirse, le pidió las gracias siguientes:

Que le permitiese morir como buen cristiano, en cuyas máximas le habia instruido su buena madre, y que llegase a vestir el traje de luces, lo cual le otorgó la divina Señora.

La Virgen, antes de marcharse Manolillo, dispuso que San Juan Evangelista le regalase el águila que llevaba en sus hombros, la cual, al momento, se transformó en un gallo hermosísimo, con el fin de que tuviese para comer durante el viaje. San Marcos le cedió el león, para que le defendiese en el camino. Y tambien dispuso María que San Lucas le regalase el toro que tenía a sus plantas, para alivio y sostén de su madre y hermanos.

El toro pequeño del Evangelista tomó enseguida el aspecto de

un animal lucido y hermoso, de muchos kilos de peso. Y el león se hizo de gran tamaño y largas y sedosas melenas.

Más, al bajar el toro y el león del altar mayor, el santero y su esposa, atemorizados, corrieron a refugiarse en el púlpito, sospechando que tal vez aquel suceso portentoso pudiera terminar en tragi-cómico o sangriento; siendo ellos los corneados y volteados por el toro o comidos de la fiera por ser demasiado pecadores.

El toro y el león siguieron después al Choquero con la misma docilidad de un perro.

La divina Señora encargó por último al torerillo que fuese a decir, de su parte, al Sr. Arzobispo de Sevilla, que quería que fuese coronada solemnemente su imagen del Rocío en recuerdo de su Asunción gloriosa a los cielos. Y, al efecto, para hacerse creer en su misión, el león y el toro, que le acompañaban, se reducirían a un tamaño tan pequeño que podría llevarlos por la capital de Andalucía en una jaula de canarios; haciendo uso de ellos cuando lo creyese oportuno.

Manolillo, en su humildad y nobleza, no dió importancia a los sucesos prodigiosos ocurridos en la ermita y a nadie dijo una palabra de lo sucedido.

VI.

VISITA AL ARZOBISPO.—
HALLAZGO DE UN TESORO

Puesto en marcha, con dirección a Sevilla, la extraña carabana, todos los caminantes o transeuntes le habrian paso o le cedian la vez, pues el león con sus melenas encrespadas y sus rugidos y el toro con sus bramidos infundian pavor.

Habiendo llegado a la mitad del camino, hicieron alto y se pusieron a descansar bajo las sombras de unos grandes árboles; quedándose dormido Manolillo, confiando en sus poderosos guardianes.

El torero, al despertar, observó que el león, durante el sosiego y la tranquilidad, habia escardeado en el suelo, a poca distancia, al pié de un arbol corpulento, dejando al descubierto un arca de hierro con tres llaves. Se acercó Manolillo por curiosidad, a ver lo que contenía, la abrió, y encontró en ella un rico tesoro, encerrado en otras varias cajas. Se alegró de aquella fortuna; pero no se entusiasmó, no solo porque no había visto nunca el oro acuñado, sino también porque siempre habia oido decir en las Escuelas del Sagrado Corazón, que Cristo decia en su Evangelio, que era más dificil que un rico se salvase que el que un camello entrase por el ojo de una aguja. Así solo se contentó con guardar sus partes pequeñas, una para los pobres que encontrase en el camino, otra para los Santuarios de la Virgen de los pueblos del tránsito y especialmente para los templos de la Cinta y del Rocio, y la tercera para su madre y hermanos. El resto del tesoro lo volvió a sepultar y lo dejó para el que la Providencia dispusiese.

Después, habiéndose vuelto a sentar a la sombra de los árboles, se entretuvo en leer las sentencias que había gravadas en las monedas de oro, que eran las siguientes:

«El principio de la Sabiduría es el temor de Dios.» «La iglesia y la escuela aminoran los crimenes.» «La virtud es más preciosa que el oro.» «La fé para todo sirve y para nada estorba.» «El trabajador se parece a Dios, que crea y conserva, por eso Dios premia al trabajo.» «La caridad es la llave que abre las puertas del cielo.» «La mayor satisfacción para el hombre es obrar bien.»

Continuando Manolillo su viaje, al llegar a Sevilla, acomodó el jaco en una venta de las afueras de Triana, colocando al león y al toro en una jaula que había comprado en el camino, con el fin de no llamar la atención, dirigiéndose inmediatamente al palacio Arzobispal.

Al pasar por la catedral, entró en ella, según su devoción y, habiendo oido celebrar a la Virgen de los Reyes, se dirigió a su capilla, orando ante su altar, y depositando en el cepillo varias monedas de oro.

Después marchó a la residencia del Sr. Cardenal, en donde informado en la portería de las horas de Audiencia, se encaminó al salón de espera, acomodándose en un rincón, hasta que le llegase el turno.

El paje, encargado de anunciar a las personas, al ver a aquel joven, con blusa y vestido poco decentes, alpargatas y capa de torero, y con un envoltorio, que era la jaula, se acercó a él, cortesmente, y le dijo:

«Si desea ver al Sr. Cardenal para obtener alguna limosna, yo se la daré, pues en ese traje es imposible que pueda usted pasar a hablarle, por no ser costumbre presentarse ante su Eminencia de ese modo.»

«Señor, contestó Manolillo, poniéndose de pié, yo no vengo a pedir nada, pues aunque soy pobre, hoy nada necesito; pero tengo que dar un recado de gran interés al Sr. Arzobispo. Además como no soy rico no tengo otro vestido.»

«El recado que usted quiera darle, insistió el capellán, puede dármelo por escrito o yo se lo escribiré, para lo cual en aquella mesa hay tinta y papel, pues pasar a ver a su Eminencia no puede ser.»

Manolillo, que era humilde, sufrido y resignado, no queriendo hacer uso, fuera de tiempo, de las prerrogativas que le había dado la Santísima Virgen, calló y aguardó prudentemente largo rato, esperando que, tal vez, modificase su actitud el padre capellán.

Por fin, habiendo llegado la hora de las doce, la campana mayor de la Giralda tocó el «Angelus», que todos los del salón de visitas rezaron de pié, y, enseguida, el paje dijo en alta voz: «¡Ha terminado la hora de audiencia!»

Visto, pues, por Manolillo que, después de haber agotado todos los recursos de paciencia, le era imposible cumplir el encargo de María, desenlió el envoltorio de la jaula, y habiendo sacado de la misma al león y al toro, estos animales tomaron instantáneamente formas corpulentas, arrogantes y amenazadoras.

La confusión que se originó en el salón de espera fué enorme; el paje corrió a esconderse bajo la mesa de escritorio; algunas señoras sufrieron desmayos; y otros caballeros se guarecieron debajo de los bancos o se subieron donde mejor pudieron.

A las voces, gritería y confusión, acudieron de las varias dependencias del palacio arzobispal el Sr. Secretario de Cámara, el Provisor, el Notario Mayor y otros altos empleados; pero al asomarse al salón de visitas y ver lo que pasaba, no se atrevieron a entrar en él.

El ruido y las voces llegaron también a oidos del prelado, el cual, para cerciorarse de lo que pasaba y puesto que el paje nada le anunciaba, abrió la puerta de la sala de audiencia.

Al ver aquel espectáculo, el Sr. Arzobispo, sus primeros pensamientos fueron ponerse a salvo como los demás, pero Manolillo se adelantó, le tranquilizó y haciendo una señal a los demás para que se aproximasen, diciéndoles que nada les pasaría, penetraron todos en el salón del trono.

El prelado, el provisor y secretario ocuparon la presidencia, llenándose los restantes escaños con las personas que habian acudido; las cuales no cesaban de mirar al toro magnifico y al soberbio león de largas melenas que, cual celosos guardianes, se colocaron a los lados del torero.

Cuando todos estuvieron propicios a escucharle, Manolillo manifestó al Sr. Cardenal lo que le había ocurrido, y como Nuestra Señora del Rocio, en su santuario de Almonte, le había encargado que viniese a manifestarle, que quería que su efigie fuera coronada solemnemente en recuerdo de su Asunción gloriosa a los cielos.

También les explicó que la Santísima Virgen le habia regalado aquel león y aquel toro, para que le acompañasen y defendiesen, y además para que pudiese testificar de la verdad de lo que decia. Y cómo, apesar de ser tan grandes, los había traido en aquella jaula tan pequeña.

Y, dicho esto, los volvió otra vez a colocar en ella, con admiración de los circunstantes.

El prelado se levantó entonces del trono, llamó a Manolillo, abrazándolo y besándolo.

Después dirigió la palabra a todos, alabando a la Santa Virgen, porque se había dignado escoger a una persona tan humilde, según su costumbre, para aquella embajada.

Desde luego le prometió al torero hacer lo que María le ordenaba, y además, habiéndose quitado su anillo pastoral, se lo regaló a Manolillo, para que hiciese uso de el o destinase su producto para lo que mejor quisiere.

El Choquero, con su acostumbrada generosidad y desprendimiento, y puesto que él nunca había usado aquellas alhajas, lo cedió para la Virgen de los Reyes.

Entonces el Sr. Cardenal le indicó que él lo llevase y ofreciese, y que todos los presentes le acompañarían, como así se efectuó.

El prelado ordenó, así mismo, cuando aquella extraña comitiva hubo entrado en la catedral, que las campanas de la Giralda repicasen como en días solemnes.

Todos abrazaron al torerillo, al despedirle ante el altar de la Virgen, después de haber entregado la ofrenda. Y aunque todos los presentes, incluso el Sr. Arzobispo, le preguntaron por su nombre y apellidos y el lugar de su residencia y naturaleza, él los ocultó humildemente, diciendo solo que se llamaba Manolillo.

A su regreso a Huelva, no queriendo hacer ostentación de lo que llevaba, antes de llegar a la capital, habiendo encontrado a unos señores en el camino, que viajaban en automovil, les vendió por modico precio, el león y el toro; los cuales se sometieron docilmente a los nuevos dueños; entregando después a su madre el valor recibido.

VII.

LA VIRGEN DEL ROCÍO

Y LA MUERTE DEL TORERO

Era el dos de Agosto de aquel mismo año y Manolillo (El Choquero), efecto de una rápida y cruel enfermedad, agonizaba en su pobre tugurio del Polvorín; rodeado de su madre y hermanitos, después de haber recibido con piedad y resignación los últimos sacramentos.

Recostado en un mísero colchón, relleno de paja, sobre la tierra, solo se veían sobre su cabecera, como únicos adornos de aquella estrecha vivienda, una estampa de la Virgen del Rocío, la capa y los efectos del arte taurino.

A la caida de la tarde, la luna llena, al salir por el Oriente, daba el ósculo de paz al padre de sus luces, el soberano sol, que se ocultaba por Occidente. La naturaleza toda, como queriendo participar de aquel casto himeneo de los dos astros, presentaba por todas partes colores magníficos, adornando las siluetas de todas las cosas con los bellos colores del iris. En los cielos aparecían como soberbias telas de púrpura y plata. Y, al mirarse los dos colores, se sucedieron supremos momentos de majestad y calma, silencio, magnificencia y suprema grandeza.

Entre aquellas admirables vislumbres, por la carretera de Sevilla a Huelva, se oía el galopar de numerosos ginetes, estampidos de cohetes y armoniosos ecos de bandas de música. Se divisaban

antorchas de mágicos reflejos y carretas engalanadas, ocupadas por hermosos jóvenes, que cantaban alegres canciones a la Virgen del Rocío; hasta el punto de excitar la admiración y curiosidad de los labradores de aquellos contornos, que acudian presurosos a contemplar aquella extraña y desusada cabalgata o procesión.

No había duda, se decían unos a otros, se trata de las Hermandades todas de Nuestra Señora del Rocío, de Triana, Pilas, Almonte, Trigueros, Moguer, La Palma, Bollullos, Hinojos, Villalva, Benacarón, Villamanrrique y otras, que vendrán a tomar parte en las fiestas colombinas o hacer una cortés visita a la Hermandad de la Virgen en Huelva.

Los más atrevidos preguntaban a algunos ginetes las causas de aquella romería extraordinaria; pero las confusas respuestas se hacían más ininteligibles con los vivas y aclamaciones y los disparos de los fuegos de artificio.

Una vez llegada la grandiosa comitiva al Polvorín se detuvo, formando dos largas hileras, salpicadas por vistosos Simpecados, y avanzó por el centro una carroza de plata, magnífica, tirada por bueyes blancos, donde venía sentada, en suntuoso trono, la Virgen del Rocío con Jesús en sus brazos. Las músicas y los tamboriles batían la marcha real a su paso. Descendió magestuosa y entró en el pobre Augurio de Manolillo. Le consoló con dulces palabras y le dijo finalmente: «¡Ea, hijo, vente conmigo al cielo!» «Aquí te traigo el traje de luces, para que con el te presentes ante la grandeza de mi Hijo en el día del juicio.»

En el rostro sudoroso y cadavérico de Manolillo se dibujó bagamente una dulce satisfacción de alegría y placer, al mirar a la divina Señora, y espiró.

El alma del torerillo se desprendió de su cuerpo como una blanca paloma, que la Virgen cogió en sus manos y puso en los brazos del niño Jesús.

Volvió a oirse el galopar de los caballos, las músicas atronadoras, los cantares flamencos y piadosos, al son de panderetas y vihuelas. Y, lejos de entrar las Hermandades en Huelva, regresaron por el mismo camino por donde habian venido, hasta perderse de vista.

Se percibían los murmullos de la ciudad, que celebraba animosa las fiestas colombinas; se notaban los ecos confusos de los repiques generales de campanas; se oían las sirenas de los buques surtos en

la ría y se veían los resplandores de los focos eléctricos, que henchían el espacio como visiones fantásticas. Las estrellas fugaces se corrían de un lado para otro formando bellos contrastes y las brisas del cercano mar empujaban los aromas del mastranto y de la juncia de las cañadas.

Varios campesinos marcharon a la ciudad y refirieron lo que habían visto; pero nadie les dió crédito.

VIII.

Las fiestas Colombinas y el traje de luces de Manolillo

Las fiestas anuales para conmemorar la salida de Cristobal Colón del Puerto de Palos estaban en todo su auge. Los balcones de las casas aparecían colgados, viéndose en los edificios públicos y consulados las banderas de las naciones. Las autoridades y los jefes militares se veían transcurrir por las calles, llevando vistosos uniformes y trajes de etiqueta. Diversas bandas de música recorrían las vías de la ciudad, tocando alegres marchas. Y se oía a intérvalos el estampido del cañon de los buques de guerra, haciendo las salvas de ordenanza en los momentos solemnes.

La procesión cívica de la tarde se llevaba con una lucidez extraordinaria, concurriendo, además de las autoridades, tropas y representaciones oficiales, comisiones de todos los Municipios de la Provincia, con sus respectivos estandartes.

Más una nota trágica vino a interrumpir aquel río de júbilo y grandeza, era el cadáver del infortunado Manolillo (El Choquero) que, en aquellos precisos momentos, era conducido, en mísero ataúd, por cuatro trabajadores del Polvorín, y llevado a la parroquia de la Concepción para el oficio de sepultura.

Nadie acompañaba a aquel desgraciado y desheredado de la fortuna.

Mas, al abrir el féretro ante las puertas de la iglesia, según es costumbre en muchos lugares, para que el cadáver reciba la bendidición del descanso eterno, un golpe magnífico de vista deslumbró a los acompañantes y al clero. Manolillo lucía en su mortaja un

soberbio traje de luces, de color morado, con bordados de oro y piedras preciosas, de incalculable valor.

Las zapatillas eran de piel blanca, con primorosos dibujos realzados de perlas, y la gorra, de púrpura de Tiro, con adornos y flecos de orc.

La capa, de raso azul, era de sin igual riqueza, alternando las filigranas de plata con los rubies, záfiros, topacios, esmeraldas y brillantes.

Los guantes, de color rosado, ostentaban círculos de oro concéntricos, con bellos esmaltes de inestimable valor. La faja y las medias eran de torsal de oro.

A su derecha llevaba la espada, cuya funda de piel verdosa contrastaba con el riquísimo puño de oro y pedrería, donde se leían estas palabras.

«¡Bienaventurados los pobres y humildes de corazón, porque ellos verán a Dios!»

La muerte no parecía que había dejado huellas en el cadáver de Manolillo, que, por otra parte, exhalaba suaves aromas.

Aquel suceso extraordinario y original se extendió rápidamente por toda la ciudad, acudiendo innumerables personas, en tropel, para contemplar aquella maravilla; siendo preciso colocar el féretro en una gran mesa y a bastante altura para que de todos pudiera ser visto.

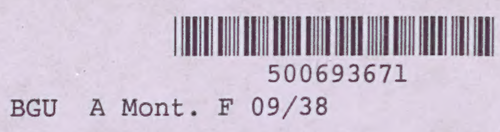
Todos los concurrentes se preguntaban asombrados por el origen de aquel regio presente; pero nadie daba la menor noticia.

Las fiestas colombinas cedieron el puesto a aquel caso portentoso. Acudieron las autoridades, entre ellas el Gobernador y el Alcalde, que dispusieron que aquel cadáver, con aquel suntuoso traje de luces, fuera puesto en una caja de hierro, con fuertes llaves, y depositado a perpetuidad en un mausoleo de mármol, con el fin de evitar hurtos y sensibles profanaciones.

También ordenó que la fuerza pública de caballería custodiase el cadáver hasta el cementerio, que era seguido de una multitud inmensa.

En su lápida sepulcral se puso este sencillo epitafio: «Aquí yace el novillero de Huelva, Manolillo Perez (El Choquero), Cofrade de la Hermandad del Rocío. Rueguen por él. Año del Señor de 1915. R. I. P. A.»

ÍNDICE




colorchecker CLASSIC
mm